

Millan Astray: «Muera la Inteligencia», es el libro de Vittorio Mussolini en que se afirma que «la guerra es el más saludable de los deportes», es la doctrina de la «guerra total» del mariscal Ludenddorff. Ideología, aunque hueca y pintoresca podrá aceptarse en el fascismo, llena de contradicciones y de turbios mesianismos. Pero, cultura, jamás. El libro de la eminente socióloga uruguaya pone en evidencia cómo, mientras en las escuelas de la República Española se enseña el amor a los semejantes, en las otras se predica toda clase de odios; cómo mientras en las primeras se trata de formar individuos limpios de alma y útiles a la colectividad, en las segundas, se prepara fieras para la guerra. Es un libro recio y polémico.



<https://doi.org/10.29393/At161-284JMHD10284>

LOS HOMBRES QUE DERROTAN A LA MUERTE, por *Paul de Kruif*.
Edit. Ercilla

Después de «Los Cazadores de Microbios», ese libro delicioso que tantas enseñanzas repartió por el mundo y tan altos ejemplos de valor moral, nos entrega ahora Kruif, el originalísimo médico y escritor norteamericano, un volumen que es como un complemento del anterior y una superación del mismo. Aquí el autor ha afinado ese estilo que ya era bien visible en sus obras anteriores, estilo ágil y polifónico, simple y técnico a la vez, algo complejo y sutil que sólo puede ser logrado por un hombre que a los conocimientos técnicos profundos una gran penetración del alma humana y un dominio sobre el arte de escribir, flexible y profundo. Se adivina al través de él, al periodista fogueado por una parte, al bacteriólogo universitario por otra y finalmente al Capitán de Sanidad que estuvo en las trincheras de Francia y que fué más tarde patólogo de la Rockefeller Institution. Abre el libro la sombra trágica y alucinada de Semmelweis, el médico que enloqueció en su lucha contra

las Academias, que no querían conocer los modos de evitar la temible infección puerperal. Sigue Fred Banting, el médico granjero, que en su obstinación invencible, llegó a descubrir la insulina. Después Minot el vencedor de la «anemia perniciosa». Luego en el segundo capítulo, Spencer, Miss Evans y MacCoy, los héroes de la fiebre manchada del Oeste, de la fiebre ondulante y de la psitacosis respectivamente. Decimos héroes, no en sentido figurado, pues todos estos enfermaron de los males que combatían y docenas de sus colaboradores entregaron sus vidas a la ciencia. El Capítulo tercero o «la máquina en la Medicina» está consagrado a Schaudinn, el descubridor del Treponema Pálida de la sífilis, Bordet el de las recciones serológicas diagnósticas y Wagner-Jauregg el psiquiatra de Viena que con su terapia mediante las fiebres ha rescitado en cierta manera, clásicos conceptos del viejo Hipócrates. El Libro Cuarto es la glorificación del sol, el gran curandero, la fuente primera de la energía vital; Finsen el escandinavo que hubo de dedicarse a atrapar la luz solar allí donde no la había, Rollier el gran suizo-alpino, enemigo de la ciudad y soñador de las alturas que ha hecho milagros con el oro flúido del sol, y finalmente Strandberg, el hombre de «la máquina de los rayos de Sol», el primero que se atrevió a bañar en luz a los tuberculosos. Todo elogio de este libro nos resulta desteñido. Y es además innecesario. Los textos de historia de la Medicina no suelen ser amenos: de allí que los estudiantes los dejen de mano. «Men gain Death» de Paul de Kruif es un libro de aquellos que el irascible Shopenhauer hubiera calificado de vivos y reales; está cargado de potencias éticas que exaltan al sacrificio fructífero y al culto socrático de la verdad. Es la más alta lección de moral humana y un himno a la esperanza. Leyéndolo, se recuerda que no todos los hombres están consagrados a la tarea de fabricar elementos de destrucción, sino que hay también docenas y centenares de hombres, alegres y sencillos que baten

a la muerte en sus más ocultas barreras, eliminando aquellas causas de muerte que debieran ser las únicas en realidad contra las cuales fuera necesario al hombre defenderse.—JUAN MARIN.



EL LIBRO PARA TI, por *Marguerite Burnat-Provins*. (Traducción del francés de *Elena C. de la Colina*)

Pintora, poeta y novelista, esta mujer francesa que naciera en el último tercio del pasado siglo no tiene en América la nominación que sus cualidades artísticas merecen, y para muchos lectores de «Atenea» este comentario a uno de sus libros será la primera noticia de su existencia. Como que la gloria no es árbol que cobije a todo el mundo.

De fina sensibilidad, no tiene el necio pudor del silencio ante las desgarraduras de la carne y el espíritu en lucha, y da la nota afebrada y torturante con verdadera ingenuidad de niña, sin caer en la pincelada cruda, y sin los alardes de ese sensualismo que ha teñido grotescamente la obra de tanta mujer en las letras contemporáneas.

Las palabras con que dedica su libro son un anticipo claro de su contenido: «Silvio, para ti he escrito este libro, para ti solo. No lo pondrás en tu cuarto de trabajo, ni sobre el banco del jardín; pero sí guárdalo en el abrigo escondido de tu almohada, en el lugar en que mi cabeza desvanecida hizo un hueco ardiente. Te lo ofrezco en recuerdo de nuestras horas de amor».

Poemas breves, hacen la historia de una pasión, y casi siempre aparece en ellos el paisaje como fondo, sin grandes descripciones, justo y sugerente en los contornos de su evocación.

Queremos copiar uno de sus poemas para dar una idea precisa de su sensibilidad y su maestría: